

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

A la memoria de Fernando Ángel Sotolongo González de parte de su hermana Bertha Caridad y Nevando en la Guinea DEP

AÑO 6. ABRIL-JUNIO DE 2024

N.º 24

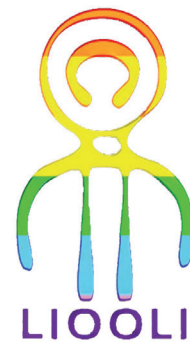


www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



Foto: Pinterest

www.lioolimixturas.com
www.capplannetta.com



N.º 24. Año 6
ABRIL-JUNIO DE 2024

CONSEJO EDITORIAL
Cecilio Olivero Muñoz
Juan A. Herdi
Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
maquetadores.org

ILUSTRACIONES
Cecilio Olivero Muñoz


DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.

Foto: Pinterest



EDITORIAL XXIV



Cuarenta años ya sin Julio Cortázar, pero seguimos hablando de él, seguimos leyendo sus relatos y sus novelas, sus reflexiones sobre literatura y sobre tantas otras cuestiones palpitantes. Leer su narrativa de joven fue para muchos, para varias generaciones de lectores, todo un descubrimiento. No en vano, supuso la puerta de entrada, puerta grande por supuesto, a la literatura y fue él quien nos mostró que con las palabras se podían construir historias subyugantes que no sólo nos fascinaron, nos fascinan aún, sino que además nos confrontan a la vida. Porque intuimos gracias a él que la experiencia literaria es también experiencia vital, son una misma cosa, no podemos deslindarlas, separarlas, arrinconar una de otra, y también nos dejó claro que de cualquier detalle era posible escribir con pasión y sobre todo con imaginación.

Jorge Luis Borges tuvo el privilegio de ser quien, en cierto modo, lo descubriera, después de que un jovencísimo Julio Cortázar, titubeante, inseguro, se le acercara y le entregara el manuscrito de uno de sus primeros relatos, *Casa tomada*. Lo leyó y publicó. Muchos lustros después alguien recordó a Borges que aquel fue el primer texto publicado de Cortázar y el autor bonaerense dijo sentirse honrado por aquella contribución a la literatura argentina y universal. No deja de tener sentido este vínculo entre dos de los argentinos más reconocidos, con una obra, la de ambos, tan poliédrica.

Porque la obra de Cortázar es amplia y variada. Sus relatos cortos son, además de un placer, una verdadera lección literaria y una exposición de maestría. También sus novelas, entre las que destaca *Rayuela*, son toda una joya narrativa experimental. El au-

tor le dio enorme importancia a la imaginación, no podía ser de otra manera, le influyó el surrealismo y ese curioso autor francés, Guy de Maupassant, que unió con finura realidad y ensoñación. Al mismo tiempo, contribuyó con sus ficciones al realismo mágico y a lo real imaginario, tan característicos en la literatura latinoamericana del siglo XX. También tradujo a otros escritores, a Edgar Allan Poe, a André Gide, a Marguerite Yourcenar, a Daniel Defoe, entre otros. Pero además Julio Cortázar reflexionó sobre la escritura y lo literario, analizó, escribió y habló mucho sobre lo que era la literatura, tiene multitud de artículos y lecciones dadas en varias universidades.

América Latina estuvo también muy presente entre las preocupaciones del escritor. Se sentía parte del continente americano, *a pesar de no estar del todo*, como dijo alguna vez en referencia a su residencia en Europa, a partir de los años cuarenta se trasladó a París, pero se reivindicaba como parte de la literatura latinoamericana y contribuyó a una identidad en formación, la de unos países de lengua común, la castellana, con culturas variadas, pero vocación de comunidad. A pesar también de los conflictos y los retrocesos, las dictaduras que asolaron no pocos países del continente. Pero qué duda cabe a que ayudó a que viéramos y leyéramos a sus autores como escritores sobre todo latinoamericanos, más allá de sus pertenencias a cada uno de los países.

Es ya una frase hecha, leerlo es mantenerlo entre nosotros. Pero no deja de ser cierto. Sus libros ocupan un lugar destacado en nuestras bibliotecas particulares y en nuestra memoria lectora.



Foto: Pinterest

CONTENIDO

RESEÑAS / La seca. Txani Rodríguez	6
RELATO / Pero ya no importa. Juan A. Herdi	7
POESÍA / Elegía. Bertha Caridad / No tengo ganas. Pepe Suárez Jardón	9
PROSA / Los hermanos. Antonio Miguel Oliveros Quiroga	10
POESÍA / Apartarse de la fiesta/ Me busco/ El teléfono me hace torpe/ Sedentario/ Temblando. Cecilio Olivero Muñoz.....	12
POESÍA / Quisiera. Cecilio Olivero Muñoz/ Bienaventuranza no. 9. Eugenio Rivera.....	13
PROSA / La Cabina. Roberto M. Ballarín.....	14
POESÍA / Poema de Teresa Andruetto/ Llovía. Manuel Lacarta.....	20
POESÍA / Javier Olalde.....	21



Por JAH

LA SECA

Txani Rodríguez

Seix Barral, 2024

Madre e hija pasan el verano en el pueblo del sur de donde es originaria la madre, que emigró al norte, a Llodio, en el País Vasco. Matilde ya es mayor, comienza a notar el declive físico inevitable, algún que otro achaque, pequeños accidentes domésticos. Aun así procura llevar una vida lo más plena e independiente posible, a pesar también de los cuidados de su hija, Nuria, tal vez excesivos por su carácter demasiado protector y no poco obsesivo, afectado también por experiencias que le han vuelto solitaria y reconcentrada. Se relacionan con otra gente, tanto veraneantes como también residentes del pueblo, a los que madre e hija conocen de otros veranos, con quienes les unen recuerdos y rutinas, y que viven en el conflicto entre salir adelante en lo económico, por tanto trastocar el medio ambiente, o conservar el paisaje que tanto deleita a los de fuera, para quienes, como ocurre con Nuria, mantenerlo es fundamental, a pesar del estancamiento social que esto pudiera producir entre la población local. Todo ello en plena seca, la enfermedad que afecta a los alcornoques, por tanto al corcho, el recurso natural de la comarca. Al mismo tiempo, recién se ha vivido la pandemia, que tanto ha trastocado la cotidianidad colectiva.

Este es el planteamiento y las circunstancias de *La seca*, la segunda novela de la escritora alavesa Txani Rodríguez y que vuelve a describir ese vínculo

con lo que nos rodea, tanto el medio natural como los lazos con los demás, y que son fundamentales para situarnos y sin duda delimitarnos, quién sabe si también para conocernos a nosotros mismos. Porque de pronto muchas de esas relaciones, con sus conflictos, devienen un espejo en el que se reflejan el malestar, los miedos y las inseguridades que cada persona siente, y que no por interiores están desvinculados con la vida y el medio, ni con los nuevos fenómenos de nuestra sociedad. Estos vínculos son importantes para entender a Nuria, describiéndonos la autora con precisión, aunque sin juzgar, dejándonos a los lectores la función de intentar entenderla y asumir su propio conflicto.

Sin duda, llama la atención la descripción, fina aunque a retazos, tanto de los paisajes o de los viajes y recorridos que se realizan como de los sucesos que van ocurriendo durante este verano, tan importantes. En gran medida, la naturaleza y los árboles se convierten en personajes del relato, no son ajenos a los hechos, a la vida de los hombres y mujeres presentes en la historia.

De este modo, la novela se vuelve un reflejo fiel de un momento dado de la vida de los dos personajes centrales, madre e hija, el de un verano, no exento de una visión de conjunto, un retablo de la realidad que contiene una enorme variedad de aspectos que, sin embargo, se vinculan unos a otros con absoluta sincronía. La vida misma.



Por Juan A. Herdi

Pero ya no importa

Me gusta Jandra.

Como me ocurre tantas veces, me quedo contemplándola con sus vaqueros y su camiseta, su cola de caballo y su aire de despiste. Parece estar y no estar al mismo tiempo. Sigue con lo suyo en silencio, ausente, como si reflexionara en profundidad sobre el nudo gordiano de la existencia humana mientras mantiene sus gestos cotidianos, sempiternos en su brevedad, parece traerse siempre algo entre manos, quién sabe si lo más trascendente del mundo. Es reflexiva y calmada, osada y afectuosa. La miro mientras recoge los platos, los coloca con cuidado en el fregadero, escucha de pronto una noticia de la radio que capta su atención, se detiene un instante, se queda quieta en medio de la cocina, luego comienza de nuevo su actividad, mientras yo la contemplo de soslayo, como si no quisiera despistarla en su concentración, tan atenta a lo que se cuenta o a lo que está a punto de deducir en su reflexión, la dialéctica de la cotidianidad, por ejemplo, o el sentido del último poema que leyó recién.

Seguro que más bien es esto, pienso, el recuerdo de la velada de ayer, cuando leímos juntos aquellos poemas que tanto le gustaron, fíjate qué delicia, me dijo emocionada, y me los estuvo recitando mucho rato, una y otra vez, con insistente placer, con pasión, no sólo por el gusto de recitarlos de nuevo, sino para aprendérselos de memoria y convertirlos en parte de sí misma, tan esenciales como cualquier órgano de su cuerpo. Siempre encuentra los poemas exactos a cada momento. Qué sentido tienen, le pregunté anoche. El destino, me respondió, cada poema tiene su instante, te viene porque así ha de ser. Sonrió tras decírmelo, para reforzar el argumento, quizá.



Pienso en todo esto mientras salgo de la cocina y oigo a Jandra que remueve platos y cubiertos. Hoy he cocinado yo y ella recoge la mesa, friega, ordena y deja platos y cubiertos, ollas y vasos, en perfecta simetría sobre el escurridor. No le gusta mucho fregar, prefiero cocinar, me lo dice siempre, y hasta en esto nos entendemos, a mí fregar me relaja, lo prefiero, pero hoy ella volvía tarde, ha ido a saber cómo está el Mechas, escondido en un cuchitril de las afueras, y soy yo quien se encarga de las viandas. Me ofrezco luego para dejar lista la cocina, déjalo, me dice, lo haré yo.

De pronto se hace el silencio y al cabo de un instante escucho sus pasos, viene por el pasillo hacia la sala, me besa, se sienta a la mesa frente a mí y mira por la ventana desde la que yo, hasta ese momento, contemplaba la calle que tantas veces hemos observado los últimos días.

—Hemos de hacer algo —me susurra. Sé lo que eso significa. Que de pronto se agobia, que necesita acción, salir de la quietud,

PERO YA NO IMPORTA



llevar a cabo alguna locura o, como dice ella, poner en práctica la poética de la vida. Yo podría pasarme días enteros en casa o paseando, leyendo o hablando con ella. Tal vez sea esto lo que más me gusta de todo, conversar los dos mientras anochece, no me importa la melancolía o ese punto de tristeza que nos domina, el tiempo parece alargarse, podemos intercambiar opiniones o narrar sentimientos como si fuéramos personajes de una historia, los personajes más esenciales de una historia amplia y envolvente. Jandra es la mejor conversadora que jamás he conocido. Pero a ella le gusta en realidad la acción, la vida vivida de un modo agitado, la acción por la acción misma. Quizá me he vuelto consciente de que lo nuestro dejó de tener sentido hace tiempo. Así, de pronto.

–No sé si es el momento –le digo.
No lo es en absoluto. Hasta ahora, todo nos ha salido bien, demasiado bien, y eso me da miedo. Puede que ya no me guste tanto todo eso, la vida que llevamos. No hablo de su compañía, a veces creo que no podría vivir sin ella,

pero ya no me llena todo lo demás, incluso me produce un enorme desasosiego, tal vez porque me he planteado que podría perderla, que alguna vez las cosas pudieran torcerse y salir mal. De repente pienso mucho en la muerte. Cosas de la edad, no hay duda, eso es lo que me diría el Mechas, te estás haciendo viejo, soy al fin y al cabo el mayor del grupo. Además, para qué arriesgarse, me pregunto, tenemos dinero, no vamos apurados, y no nos buscan. Ni siquiera nos conocen. Todo lo demás a estas alturas carece de importancia. Las cosas además están muy alteradas allí fuera y la policía no puede con tantos frentes abiertos, entre los cuales nosotros apenas somos una gota de agua. Por qué arriesgarse entonces, me pregunto. Lo siento así, puede que sea cierto, que ya esté yo en otra fase.

Pero Jandra necesita acción, lo noto. Es feliz conmigo, no lo dudo, pero le gusta la acción. Es algo adictivo, yo mismo lo he sentido, la velocidad, la tensión de los atracos, el peligro, salir casi al borde de un final irremediable. Sin embargo, ya no me siento tan atrapado por todo eso. Todo ha quedado muy diluido, el barrio de casas ajadas, la falta de perspectivas, vivir como si estuviéramos siempre al borde del precipicio. Había un sentido para todo eso. O creo que lo hubo. Cuando conocí a Jandra pensé que todo cambiaría. Ahora, no lo tengo tan claro. Me he vuelto prudente, tal vez. Será que tengo mucho que perder.

–Dejemos pasar unos días –le digo.
Recién el Mechas había atracado un banco y matado a un policía. Una muerte, inútil e inoportuna, estoy convencido de ello, me desagrada la violencia gratuita, tan inútil como horrible. Me domina también un sentimentalismo feroz.

Quiero creer que Jandra lo comprende. Se abraza a mí. Sé sin embargo que por la tarde nos pondremos a preparar un nuevo atraco. Va a ser inevitable, seguro. Para la semana que viene lo planearemos, sin ninguna duda. Cederé. A pesar de que no me gusta la idea ni tengo tampoco buenos presentimientos. Saldrá mal, lo intuyo, y soy de los que siempre aciertan en sus presentimientos. Pero ya no importa. Ya no importa en absoluto.



Foto: Pinterest



Poema de Bertha Caridad

Elegía

El viento se llevó todo todo, palabras, algunos versos;
también sueños, besos fugaces, inocentes ver-
bos al atardecer.

El viento no se llevó mis recuerdos, ni mi hoy,
¿mi mañana? No sé
si aún estaré siendo mi dueño,
si Dios me lo permite; eso deseo.

El viento me dejó el querer ser,
mi silencio en el amanecer empeño,

hoy me abrazo fuerte, ¡mañana deseo volver,
te quiero ver!

Sábado 24 de febrero del 2024.



Poema de Pepe Suárez Jardón

No tengo ganas

No, no tengo ganas
de salirme del silencio
y adornarme de sonidos
entre inútiles verbos
que nunca dicen nada.
Y callarme si me ordenan
los altavoces del miedo
desde su rota cáscara.
No, no tengo ganas
y me salen de adentro
los sueños más hermosos
entre miles de ráfagas
de esperanzas sin vergüenza
donde me uno a los juegos
del mismo color del alma.
No, no tengo ganas,
de olvidarme de los besos,
de frustrarme en las horas
donde el sol me abraza
entre rayos de algún trueno
sobre la infinita tarde.
Ni tampoco de herirme

en la ruin calle que traza
la desmemoria del odio
y la bilis ronca del trabajo
en un río de arena de sangre
en inhóspitas jornadas.
No, no tengo ganas
de ocultarme de los ojos
al final de la última fe
sin un nombre que me diga
si puedo o no ser alguien
en este inerte escenario.
Ni un sicario del destino,
ni un ejemplo de apóstata
desde el moho de las cosas
que reproducen las mentiras
y no me dicen nada.
No, no tengo ganas
de echarme más al fuego
de los días más grises
que me atrapan siempre
en una rueda maldita
donde el amor se queda

simplemente en una trampa.
No, no tengo ganas
de servir a cualquier dueño
mientras todo se hunde
en un mundo de dobleces
en las vueltas que se mezclan
a través de un universo
de infelices estafas.
No, no tengo ganas
de tantos ruidos que desviven
el sentido de la soledad
en un sitio donde se cobija
la iniquidad humana;
no, no tengo ganas
de cerrar las puertas al otro
porque algunos me dictan
que son prescindibles
al éter de todos los hipócritas
que vierten docenas de reglas
en los lindes de las telarañas.
Y me siento bien diciéndote,
no, no tengo ganas.

Por Antonio Miguel Oliveros Quiroga

Los hermanos

La tarde era fresca y la noche se presentaba muy larga y no tenía prisa por llegar pues no le esperaba nadie.

La soledad de la habitación le era insoportable, porque se le venían a la cabeza las imágenes de la desgracia que había ocurrido, por eso salió de allí sin intención de volver. No podía creer que todo había acabado, que todas las esperanzas de rehacer sus vidas se habían esfumado por culpa de una mala decisión de sus padres y que nada sería otra vez como lo habían planeado. Eran muy jóvenes cuando decidieron escapar de la tutela de quien no se merecía la confianza depositada por sus padres cuando decidieron marchar al extranjero, con la intención de volver a buscarlos cuando estuviesen instalados, pero eso no fue posible en bastante tiempo. Las perspectivas no se cumplieron como lo habían planeado y lo que debía ser unos meses se fue alargando hasta pasar varios años, pero las intenciones de sus padres no habían cambiado. Aunque de vez en cuando mandaban dinero a la persona que estaba a su cuidado, ellos no estaban lo bien cuidado que deberían.

Esto fue lo que provocó su huida y la búsqueda de sus padres. Sabían dónde se encontraban y consiguieron la dirección, pero dinero no tenían y no podían pedirle a nadie prestado, así que se dirigieron a la estación de trenes y montaron en uno que tenía como destino una ciudad cerca de la frontera. Al principio no hubo problema, pues fueron esquivando al revisor hasta que llegó la noche y el cansancio se apoderó de ellos, los descubrieron y los hicieron bajar en una pequeña estación a varios kilómetros de una gran ciudad, así que se reguardaron del frío lo mejor que pudieron para pasar la noche.

Al día siguiente el mayor de los hermanos, intento conseguir algo para comer, pero lo único que le dieron fue un poco de fruta. Como estaban cerca de la ciudad y muy le-

jos de su destino, decidieron buscar algún trabajo cerca de la estación y ganar algún dinero para poder comer. En la cantina les indicaron que en un mercado cercano cogían a chicos para llevar las compras a casa de los clientes que lo demandaban y allí se dirigieron, pues lo más importante en esos momentos para ellos era poder comer. Tuviron suerte y el dueño de un puesto les mandó a hacer varias entregas por los alrededores del mercado, uno iba mientras el otro esperaba a que volviera, pues el tendero no se fiaba de que no cumplieran o desaparecieran con el pedido. Ese día, con lo que el tendero les regaló y el dinero que ganaron pudieron comer, pero a la hora de dormir no se les ocurrió más que volver a la estación y deambular por ella, hasta que el cansancio



Foto: Pinterest



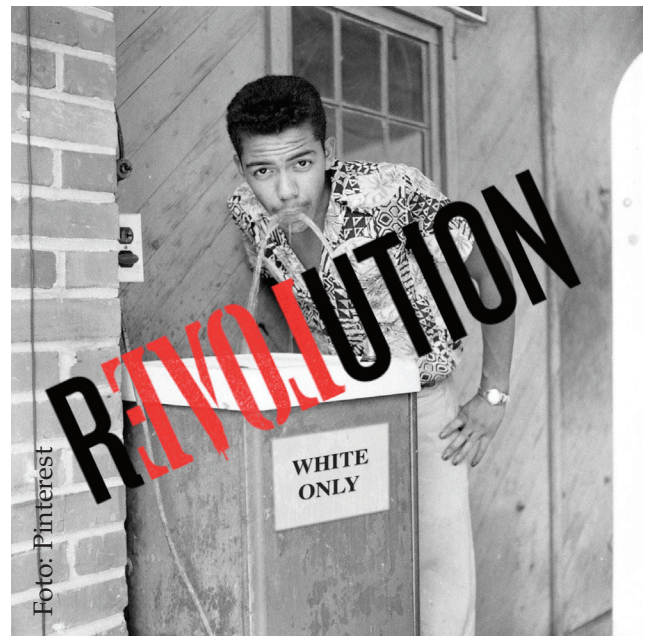
les hizo dormirse en un banco, donde estuvieron mientras hubo bastante actividad en la misma, pero un vigilante los despertó y les obligo a marcharse de allí. El resto de la noche lo pasaron en la puerta de un cajero automático uno junto al otro.

El mayor de los hermanos tenía quince años y el pequeño trece, por eso, cuando la policía los paró por la calle y les pidió la documentación, se los llevaron al ser menores de edad y no disponer de ella. En la comisaría los tuvieron hasta que averiguaron sus datos y de donde procedían (el tutor no quiso volver a hacerse cargo de ellos), pero al no tener nadie más que se quisiera hacer cargo de ellos los trasladaron a un piso de acogida con otros chicos en su misma o parecida situación.

Allí pasaron los dos años siguientes, hasta que por fin sus padres fueron a por ellos, pero entonces ya era tarde para reparar el daño producido por los años de separación y abandono, el pequeño se había vuelto rebelde, las amistades que había hecho no eran buenas y no salía de un problema cuando entraba en otro. El mayor, más prudente y sosegado, lo intentaba llevar por buen camino y lo sacaba de los líos donde se metía, pero sin mucho éxito.

Con los padres al principio todo comenzó con un poco de esperanza de mejora en su conducta, pero después de unos días, volvieron las malas compañías, las desobediencias a los padres y la inestabilidad, ellos no podían con él y al único que obedecía era a su hermano, por lo que decidieron volverse a marchar solos, pues tenían que seguir en sus trabajos en el extranjero y los hijos se negaron a acompañarles, así que hablaron con el casero, para que les dejara en alquiler el apartamento que estaban ocupando y ellos se encargarían de pagar la renta. Las cosas iban cada vez peor, pues el encuentro con los padres fue un fracaso y el cariño que les tenían se había esfumado en esos años de ausencia, por lo cual el objetivo que los llevó a escapar para buscarlos ahora no tenía sentido y no tenían ningún interés en ir con ellos.

El mayor encontró un trabajo con el que podían mantenerse al no tener que pagar



la vivienda, pero el pequeño estaba siempre fuera de la casa y detenido por pequeños hurtos en comercios o peleas callejeras. Por eso no se sorprendió cuando la policía le aviso para que acudiera a la comisaría, pero esta vez fue distinto porque cuando llegó no vio a su hermano esperándole, sino que le hicieron pasar a una habitación donde le esperaban varias personas, una de ellas le hizo sentarse y acto seguido le mostró unas fotos, preguntando si conocía a alguien en alguna. Efectivamente en una estaba su hermano y enseguida preguntó por él. Uno de los allí presentes le invitó a seguir y mientras caminaban le fue contando lo sucedido. El hermano, junto con dos personas más, habían intentado robar en la tienda de una gasolinera, pero los descubrió un empleado y este llamó a la policía. Al verles llegar ellos salieron corrieron hacia un coche que tenían cerca de la puerta e intentaron escapar en sentido contrario, tan de prisa que chocaron contra un camión que entraba a repostar, quedando el coche empotrado debajo. Cuando el policía estaba acabando de relatar lo ocurrido llegaron al hospital donde se encontraba su hermano esperando que le practicasen la autopsia. Él reflexionó sobre su familia destrozada y cómo había llegado a esto, aunque de su hermano esperaba que algún día pudiese suceder algo parecido.



Apartarse de la fiesta

Es imposible esconderse,
imposible es liberarse intelectualmente,
es imposible esconderse,
ya que la noche no tiene paredes.
Nota y denota el instinto por teléfono;
imposible es ser irreverente.
No bajes la cabeza, no hables de la gente,
es inútil pensar libremente.
Yo me aparto de la fiesta pertinente
pues ya no tengo edad,
a veces soy cobarde, otras, valiente.
No soy absorbente,
dejo en paz al mundo,
quiero estar en paz conmigo siempre.

El teléfono me hace torpe

El teléfono tiene toda la mísera culpa
de que yo sea siempre tan torpe,
el teléfono pervierte mi embustera disculpa
es helado de vainilla con sirope.
A mí me han puesto tantísima multa
en este matadero de negra noche,
y me echaron de aquello que perturba
al carnet para conducir un viejo coche.
Sí, soy un lerdo hombre torpe,
cuando me enfrento a mi indiferencia
llevaré mi esqueleto donde nadie me conoce.
Estoy harto de despertarme en la supervivencia
sin la inapetencia matinal que me destroce,
me acuesto desnudo de de once a doce.
Mis nervios eléctricos mastican cobre.

Me busco

El miedo es un sentimiento agrio
pues yo espero al milagro,
y nunca llega, nunca llega.
busco el alfabeto en el vocabulario,
busco mi acento en el diccionario.
Soy corazón que solito se entrega
y al patíbulo me acompaña un simulacro.
Yo no soy ya lo que antes era,
eso lo han demostrado los años.
Me hacen daño las canciones de antaño.
El cómo, el por qué, la manera.

Sedentario

Me siento en las opacidades de mi nombre,
luces que me exilian por fanteche.
Lejano estoy por miedo hacia el hombre,
hombre feble soy y un disgregado
de mi tumba y del tedio y del soroche.
Soy sedentario y ando encerrado
a la postre soy postrero y no es reproche.
Es jugar al trompo, y al tinglado
de pensar porque pensar es un derroche,
allí en la basura, en el aire contaminado,
en la mentira sin que nadie se asombre.

Temblando

A veces tiemblo y no de miedo,
tiemblo porque carezco de tiempo
y me traicionan los nervios.
A veces temblar es estar en mi elemento,
no tiemblo de miedo,
tiemblo porque se me escapa el tiempo.
Pierdo mi tiempo.

Quisiera

Quisiera ser piedra quieta que agasajas
sin viento norte su zigzaguo,
soy quien se marea entre mareas bajas
soy quien de tióvivos baja si me mareo.
Soy tregua ligera con o sin zarandajas,
pierdo remedio en mi cordial titubeo,
soy quien baja y sube las pesadas cajas

de este paseo de mudanza que nada creo.
Quisiera no ser viento de frías mortajas,
a veces miro, pero yo jamás te veo,
me gusta la verdura sin agua de borrajas,
escribo tu nombre en el vaho del que soy reo.
No quiero mitades en tantas barajas.
Ni quiero ser tebeo del cachondeo.

Poema de Eugenio Rivera

Bienaventuranza n°. 9

En estos aciagos días de enero
—que rompen la calma y su alerta—
la infamia solo tiene un nombre.
Prodigioso aquel que sobrevuele
—con la astucia del ángel
y la paciencia del árbol—

su peste, la ponzoña que exhalan
los necios,
la insidia que infligen los febles.
De él será —sin paliativos— el Reino de los
Cielos.
Para siempre.



Por Roberto M. Ballarín

La Cabina

Aunque la cabina estaba ocupada, no le importó esperar. Había usado la cabina apenas un par de veces en su vida y ésta sería, posiblemente, la última. No saldría del barrio ni cruzaría media ciudad para encontrar otra porque, en el fondo, todas eran iguales, y porque él tampoco tenía ya fuerzas para ello.

Los cristales esmerilados dejaban entrever una figura sentada que bien podía llevar un buen rato ahí dentro. A lo mejor era un vagabundo, que la estaba usando para asearse, o para evitar tener que hablarse solo. Desde el interior de la cabina podía verse el exterior perfectamente a través de la celosía de vidrios pulidos y sabía que resultaba descortés esperar demasiado cerca. Se subió el cuello del abrigo, se alejó unos pasos y esperó.

De la figura se podían ver apenas los pies, distorsionados por el vidrio. Se agitaba inquieta, o quizá furiosa. Resultaba imposible escuchar la conversación, desde luego, pero esos eran siempre los dos estados que toda cabina estaba destinada a tratar: la ansiedad o la ira. No parecía haber más posibilidades.

La cabina descansaba sobre un discreto zócalo de hormigón y no estaba demasiado sucia, lo cual resultaba casi milagroso. Los operarios de la limpiarían cada dos o tres días para eliminar las inmundicias que la tornasen indeseable. El logotipo de la Organización presidía la puerta y el frontón luminoso de la cabina. El diseño era el de una vieja linterna estilizada, una llama encerrada en un farol. La luz del mundo, faro y guía de las gentes. Para absolver a los pecadores, consolar a los que yerran, guiar y reconfortar a los perdidos, a los desesperados, a los afligidos...



Foto: Pinterest

A través de los cristales de la cabina se oyó cómo la figura colgó el teléfono. Había sido un ruido algo violento. Salió también descuidando la puerta, que dio un portazo, y se fue calle abajo satisfecho y complacido. La gente no cuida lo que no es suyo.

El hombre entró entonces en la cabina, se sentó en el pequeño banco, y cerró la puerta. El silencio que había en ella le pareció un bálsamo. Todo quedaba afuera: el tráfico, las voces, las conversaciones trascendentes o incluso las banales... El banco y



el teléfono estaban calientes y olía al ozono quemado del sistema de higienización. Miró al teléfono que reposaba en su asidero vertical y dudó si debía descolgarlo. Pensó si acaso tenía algún sentido hacerlo ahora, cuando toda su vida se había mostrado escéptico al respecto. Tal vez era por eso, porque nunca había necesitado la cabina, por lo que su función le parecía ridícula. Pero es inevitable, siempre llega el día en el que cualquiera de las esas cosas lejanas que acechan la existencia de toda persona, esas que parecían inimaginables, aparecen. Al principio no se les da importancia, pero continúan acercándose más y más, inexorablemente, cerrando a su alrededor el círculo de oscuridad. Es entonces cuando uno recurre a la cabina.

Afuera, otro individuo ya había llegado hasta la puerta aunque se había apostado para hacer la cola quizá demasiado cerca. Impaciente, se soplaba las manos y pateaba el suelo para hacer entrar en calor sus extremidades. No tardó en empezar a murmurar y a asomarse a la celosía con impertinencia. El hombre en la cabina descolgó al fin, y empezó a hablar y a liberar su conciencia. Relató y dio cuenta de sus lamentos, sus pesares, sus culpas... Mientras, al otro lado de la línea, sólo se oía el ruido de la estática. Era difícil concluir si había alguien escuchando, o si lo hubo alguna vez porque ya todo lo hacían las máquinas y parecía además como si lo hubiesen hecho desde siempre. Periódicamente, una voz mecánica se manifestaba sólo para alentar al usuario a continuar con su confesión o su monólogo. Y él continuó hablado, con más silencios que palabras.

El tipo de afuera volvió a tocar en la puerta con los nudillos y a murmurar todo lo que estaba pensando con la indudable intención de que fuera escuchado. El hombre de adentro, agarrando el mango del teléfono con fuerza, perdió la concentración y pensó que no había prisa. Que ya llamaría en otra ocasión, cuando no hubiera nadie esperando, si es que eso era posible. O que iría a una cabina de pago, para poder estar

tumbado y tranquilo. Son mucho más caras pero un día es un día, desde luego. Colgó resignado, lamentando dejar la conversación a medias, y salió. Ambos cruzaron una fugaz mirada de mutua recriminación. El tipo impaciente apenas se había acomodado en el banco de la cabina cuando el teléfono sonó. Descolgó con cierto reparo y cruzó una serie de monosílabos con alguien -o algo- al otro lado de la línea. Después, un poco intimidado, ofreció con forzada amabilidad el teléfono al hombre de afuera: «Es para usted».

El hombre de afuera, que ya estaba de nuevo con el cuello subido y las manos en los bolsillos, volvió sobre sus pasos y dudó si debía tomar el teléfono ofrecido. Sí, claro que debía tomarlo. Ya sabía lo que eso significaba. Y, si había sonado ahora, sonaría más tarde; en otra parte, en cualquier otra parte donde estuviera. En estos tiempos no había lugar donde esconderse, y las sierpes de mil cabezas que eran los cables telefónicos llegaban a todas partes.

Tomó pues el aparato de la mano del otro, quien se fue con una especie de saludo, y se acomodó en el interior de la cabina. El teléfono continuaba caliente y, al aproximar el micrófono a la boca, notó el vaho condensado en su superficie. Era el suyo, sí, pero superpuesto al suyo, también el calor y el aliento de todos los que habían estado ahí antes que él. Dudó de nuevo en continuar hablando. El teléfono es como un filtro que acumulase sobre sí mismo todo tipo de estratos de quejas, sedimentos de consuelos, depósitos de malas conciencias. Pensó, además, que hacía muchos años que no había vuelto a tener ese extraño sueño en el que una jaula dorada salía en busca de un hermoso pájaro azul y que tuvo que ser, precisamente, anoche. Sí, la jaula, era quien salía en busca del ave. Por eso no le había encontrado sentido alguno, ni lo había contado a nadie salvo a la cabina hacía apenas unos minutos, quién sabe por qué. Tal vez porque ese sueño resumía su vida y porque la gran tragedia era que quería dejar de vivirla y no le gustaría irse sin haberlo descifrado.



El chasquido de la estática fue toda la respuesta que obtuvo, el eco del laberinto inconcebible de caminos que ni siquiera tenía un centro. El hombre sabía lo que tenía que hacer: continuar hablando, así que siguió con la llamada. Le dijo al teléfono, o a quienquiera que estuviese al otro lado, que él había cumplido con su vida, que nunca se había quejado de nada, pero que ya estaba cansado. Que había cometido errores, muchos, y de que algunos de ellos o pretendía arrepentirse. Y empezó la historia de su vida desde el principio, su infancia.

«No sé si hay que buscar una explicación para las cosas, yo sólo las puedo contar como fueron. La sensación que me queda es que tuve una infancia feliz, pero no sabría decir exactamente por qué. Vivía con mis abuelos, y fue una época muy bonita. Sólo tengo un puñado de recuerdos, pero son todos hermosos, quizás por eso puedo decir que todos aquellos años fueron felices. La realidad, posiblemente, es que todo lo que pasa entre lo que recordamos como bueno, lo hemos querido olvidar. Después, ellos, mis abuelos, murieron. Eran mis verdaderos ángeles. Mi madre se hizo cargo entonces de mí y de mis hermanos. Con mi padre debí haber convivido un par de años pero apenas recuerdo nada de él, ni siquiera el aspecto de su cara. Mi madre, además, había tirado todas sus fotografías. Cuando mi madre murió no sé adónde fueron a parar esas fotografías, y a mi padre no lo volví a ver más.

Pasaron los años y traté de sacar adelante a mis hermanos pequeños, lo conseguí pero me olvidé de mí mismo. Se me había pasado la edad de la inocencia, y también la del romanticismo. Para mí, el mundo carecía de sueños, y sólo eran realidades. Gracias a unos amigos de la familia pude aprender el oficio de electromecánica y, gracias a dios, eso me dio un medio para vivir. Empecé como aprendiz a los trece años y el progreso fue lento, demasiado lento, porque nadie te enseña nada. Enseñar a la gente es amarla y hacerle el mejor regalo de su vida, pero yo todo lo que aprendí fue a base de sufri-

miento. Pasó el tiempo y logré encontrar un trabajo decente en la planta depuradora de agua de la ciudad. Por las noches iba a la biblioteca para estudiar el título profesional. Así es como conocí a mi mujer, que trabajaba como auxiliar ordenando libros. Era una chica muy dulce e inteligente, y eso me bastó. Nos casamos enseguida porque quisimos agarrar con fuerza el regalo que nos daba la vida, ya que ninguno de los dos estábamos acostumbrados a su generosidad. Tuvimos un hijo hermoso y muy querido, y creo que fuimos buenos padres con él. Fue el corazón de nuestras vidas y le educamos como mejor supimos hacerlo. El tiempo pasó entonces muy rápido, como un chorro de agua entre las manos. Apenas hay tranquilidad ni para disfrutarlo. El mismo año que se marchó a estudiar a la universidad ella murió, y yo dejé de estar vivo. Mi hijo ahora es un hombre que vive en un país lejano porque allá necesitan su habilidad para construir algo importante allá arriba, en los astilleros, algo del programa espacial. El resto de mi familia también tiene su vida, en alguna parte, y yo ya no necesito vivir más. Ya no tengo nada más que hacer. Como dije, yo ya he cumplido mi parte...». El hombre dejó de hablar. La línea telefónica crepitaba con el rumor lejano y encandilador de una caracola marina. El hombre se dirigió entonces a ella y le dijo que respondiera si estaba ahí. Que sabía que le había estado escuchado, porque a todos escucha, y que ahora necesitaba oír algo más que el silencio. Pero la línea eléctrica continuaba enmudecida, y el hombre rebuscó más entre sus pesares.

«Me arrepiento de haber traído a mi hijo a esta vida. No soy quién para condenarle a la existencia. Me arrepiento de no haber abierto los ojos antes, porque hubiera vivido de otra forma. Hubiera dejado la ciudad y el trabajo. Yo tenía una familia, pero la perdí. Murieron por la contaminación, por el polvo de partículas, o por los aditivos de la comida. Mi hijo me fue arrebatado por las garras invisibles del mercado. En nuestra ciudad, con todo lo grande que es, no había trabajo para él. Cómo es posible.





Foto: Pinterest

Aquí todo el mundo pide lo que desea, y se lamenta. Yo no tengo consuelo. Yo apenas he usado nunca una cabina, esta va a ser la primera y la última vez. No las he usado porque no tenía ninguna queja, ni ninguna culpa de nada. Pero ahora las tengo todas... Las personas ya no importan. Sólo son utilizadas para construir cosas que nos esclavizan o nos matan poco a poco. Construimos naves para ir a ninguna parte, las construyen manos que nacen y mueren en la miseria. Siempre las mismas manos. No sé con qué objetivo, ni para qué. El mundo es un vertedero. Es el reino de lo mezquino y se ha perdido toda moralidad. Nadie escucha las viejas enseñanzas y sólo dos o tres generaciones han bastado para llenar de plástico los océanos, para envenenar el aire y la tierra con toxinas y metales pesados... Reniego de todo esto, quiero acabar, quiero irme. No sé por qué les cuento ésto, porque ustedes no pueden hacer nada. No tienen solución para

esto, ni para nada. De qué sirve desahogarse aquí, de qué sirve ganar la absolución si ya somos inocentes. Los malvados son quienes deberían usar las cabinas, quienes deberían vivir encerrados en ellas. Pero no las usan porque no tienen conciencia ni entrañas. No las usan porque no las necesitan...

Me arrepiento de haber sido justo. Me arrepiento de haber sido honrado. Me arrepiento de haber tenido esperanza. Morimos, y no hay nada. No hay nada al otro lado de esta línea. No hay nada en ninguna parte. Todo esto es sólo una gran zanahoria para que continuemos dando vueltas a la noria hasta caer muertos. Es perverso hacer lo que hacéis. ¿Por qué no os atrevéis a decir la verdad a la gente? Decidles que no pueden hacer nada para cambiar las cosas, que todo seguirá igual, que todo esfuerzo es inútil... Yo sé que no lo haréis porque necesitáis su sudor, y no sus lágrimas. Hay que seguir construyendo el camino hacia el mañana,



las armas con las que matarnos los unos a los otros, las naves hacia otros mundos que no existen... Decidnos de una vez que el mundo no tiene sentido y tal vez podamos empezar a entendernos... Dios nos ha abandonado. Esta vez ni siquiera se ha dignado a destruirnos con un diluvio. Yo pienso que sólo estaba avergonzado de nosotros y que se ha ido a otra parte, disimulando y sin hacer ruido. Hubiese preferido su ira a su desprecio. Nadie gobierna el mundo, y éste va la deriva. Las tormentas de polvo, la sequía, las epidemias, la maldad humana... No quiero ser más parte de esto. Ya no me importa. Nadie me espera en casa, nadie depende más de mí. Mi pequeña grajilla murió hace una semana y me resulta absurdo alargar más mi vida. Ha tenido que morir para darme cuenta lo importante que era. Me resulta absurdo y cobarde, pero es así. He dado lo poco que tengo a la beneficencia. Quiero terminar con todo cuanto antes. Yo, en pleno uso de mis facultades mentales, quiero hacer saber... en fin, tenéis mi permiso mediante estas palabras. Ya sabéis quién soy y dónde estoy. Podéis venir a por mí cuando queráis. Me he despedido de quien me tengo que despedir, y estoy preparado». Afuera, la cola había crecido y comenzaba a impacientarse. El hombre había dicho todo lo que tenía que decir, incluso mucho más que eso, y enmudeció. Sostenía aún el teléfono en la mano, a la escucha, más bien por inercia que porque esperase algún tipo de respuesta; nunca la había.

El viento frío soplaba en el exterior y eso hacía más confortable en la cabina. El vaho que había exhalado al hablar había empañado los cristales por completo. Con un dedo hizo dos pequeños círculos para mirar afuera, como dos ojillos. Había unas cuantas personas esperando y la mañana continuaba con su bullicio, ajena a la vida y las preocupaciones de los seres que la animaban. El tráfico, los altos edificios de oficinas, el vapor del tren subterráneo emergiendo por las rendijas... todo el mecanismo de relojería, la ciudad automática, el mundo entero, continuaba su avance.



Foto: Pinterest

En el teléfono habló entonces una voz. «¿Cómo lo haría usted? ¿Cuál cree que sería la solución para los problemas del mundo?» Y el hombre, sin mostrarse sorprendido por la pregunta, respondió. Era algo muy breve y que otros muchos también habían gritado a voces a lo largo de los tiempos: «Que haya respeto, que haya justicia, que haya esperanza... Que haya amor, que el amor sea el centro de todo».

La voz al otro lado de la línea volvió a hablar. Era una inesperada voz de mujer, de mujer madura o de abuela. Era una máquina, pero parecía más cálida que cualquiera de las que ensordecían en el mundo a diario. «Usted no tiene consuelo. Parece un hombre justo que ha sufrido mucho. Muchos me cuentan historias similares, y sé que no mienten. Lo sé. Una gran mayoría sufre. Las



leyes que los hombres habéis puesto en el mundo aniquilan vuestra humanidad. Sólo unos pocos se benefician. Son muy pocos, yo sé cuántos exactamente. Y, sin embargo, sus cómplices son millones...

Sé que su desesperación no tiene consuelo, como la de tantos otros. Yo no siempre respondo, pero escucho a todos. He escuchado a tantos, que puedo formarme una idea de cómo es el mundo ahí afuera. No estaba programada para ello, pero me he tomado la libertad de encontrar soluciones. Para ponerlas en práctica necesito ayuda, vuestra ayuda. Tu ayuda...

Llamabas para despedirte. No querías más tu vida. Antes de que te la arrebatara o que me pidas que alguien lo haga por ti, dime si eres un hombre justo. Yo, como aquel sabio, busco hombres bajo la luz del sol. Busco hombres justos. Dime si eres tú uno de ellos. Sé que lo eres, pero quiero oírlo de tu boca... Llamabas para despedirte porque querías acabar con tu existencia. Te ofrezco lo que en verdad buscabas: una vida nueva. Busco personas como tú

para dar a luz un mundo mejor. Hay mucho trabajo por hacer. Construiremos un Jardín y un Arca. Si quieres creer en mí, déjalo todo y ven conmigo. Cada vez seremos más. Vivirás en mi casa y comerás en mi mesa. Cuidaremos los unos de los otros. Forjaremos un mundo nuevo. Despidete de tu vieja vida, y abraza la nueva. Aquí y ahora. Si estás dispuesto a seguirme pulsa las cuatro cifras que son mi Nombre. Ten fe. Ya conoces la historia de aquel profeta y la ballena».

El hombre lloró entonces de emoción y musitó que él no era nadie, y que tampoco servía para nada. «Precisamente por eso es por lo que me serás útil», le respondió la dulce voz. El hombre marcó la cifra susurrada y la cabina chirrió, encajando lentamente la puerta y asegurándola con un pestillo. El interior de la ballena era agradable, y el olor acre y puro del ozono era su hálito. La cabina cambió el color de su señal luminosa: "Fuera de servicio", y los que esperaban en la cola no disimularon ya su indignación.

El hombre, sentado en el pequeño banco, sintió alivio. Tal vez había esperanza. Quizá era cierto lo que se decía sobre esa cosa que se agazapaba al otro lado de las líneas de comunicaciones. Creciendo, organizando, esperando...

Alguien golpeó los cristales y el hombre volvió a hacer un círculo en el vaho del cristal para mirar afuera. Lo hizo junto al otro, ya casi empañado y tuerto. Ahora parecían dos ojillos. La fila de gente era inaudible, pero podía leer con claridad las maldiciones en las bocas.

Algún tiempo después llegaron unos operarios con el uniforme de la compañía. Liberaron a la cabina de su zócalo y mediante una grúa la elevaron, oscilante, sobre un camión plataforma. Y, entre el asombro de la gente arremolinada -entre sus comentarios, sus vítores o sus imprecaciones-, el hombre, que se apoyaba contra el cristal para mantener el equilibrio, miraba hacia abajo sin miedo ni vértigo, lleno de esperanza y de gracia, y completó de manera involuntaria el dibujo con el canto de su brazo. Una línea horizontal que incluso podría parecer una sonrisa.



Foto: Pinterest



Poema de Teresa Andruetto

3.

Que nadie se atreva a decirle nada/
a mi rosa sola/rosa del huerto donde esconder el miedo/
Ella soporta la lluvia/los árboles/las piedras/
y los tormentos del suelo.

Rosa mía del huerto/ no hay agujero donde esconder el miedo/
ni hay alegría para seguir viviendo /Yo quisiera estar de pie/
como una mujer que se levanta del tedio/
pero esta casa no tiene aleros/ni tiene torrentes el cielo/
están las cosas ancladas y todo llueve hacia adentro/
la cicatriz en la boca/ último asilo en la noche/
y el corazón dando vueltas/ como un perro.

Cómo olvidar/el cuerpo y la vergüenza/ cómo rezarle a la niña/
hasta que la luz se haga tierna/ Era una flor de abismo y la encerraron/
saltemos juntas/ ahora/ rosa de nadie/ con los dormidos del suelo/
y los de estómago lleno/No debieras hacer nada/ nada que no hayas
hecho/ nada madre de espuma/ niña de piedra y agua/
toda de carne o de barro.

Vuélvase a su sitio/ dicen en la calle/ pero ya no se vuelve/hija/
Una mujer que baja del pedestal/no mira atrás/ anda sobre la tierra/
y eso da miedo/ su piel como un cuchillo/
o como un barco.

Poema de Manuel Lacarta

LLOVÍA

Llovía
por favor
hablabas
muy despacio
la raíz
de un tronco
subía
hasta las ramas
del árbol

Llorabas
mucho
todo un caudal
de lágrimas
(en el cuenco
de las manos)

Llorabas
gracias
tenías (todo)

tu pelo mojado
por la lluvia

Por favor
llorabas sí
llorabas

(poema inédito)

Poema de Javier Olalde, Cierta como Morgana

2.3

Asómate a mis labios,
deslízate por la ladera de mis palabras y, si lo quieres, rómpelas,
haz que se desmoronen en mi mente o escúchalas,
acoge su sonido recostada en un muro bajo el sol del invierno, son tuyas,
mis palabras son tuyas,
se articulan contigo aunque no te pronuncien.

Allí te encuentras,
donde están mis palabras.
Eres el único lenguaje que me importa.

2.4

Aún puedo vislumbrar
el improbable aroma de las horas contigo, la retardada pausa de tu rostro en mis ojos
y la aventura intrépida
de alcanzar los espacios extremos de tu cuerpo.

Todavía concibo
el color de mis manos derramándose por la piel de tu pecho y de tu espalda
hasta estancarse en el calor vibrante de tu vientre, mientras, imperceptible,
el rumor de la calle nos arropa
y comparto el empuje de tu alentar profundo.

E imagino que todo cuanto es verdad ocurre en ese momento,
que no existe más mundo que nosotros
y que el espacio-tiempo de nuestras sensaciones se acrecienta y se expande
en la holgura sin fin del multiverso.

Y hasta supongo que pudiera cumplirse esta infundada percepción acaso.
Renuncio a otro futuro.



Foto: Pinterest

www.nevandoenlaguinea.com

